

Libros

EL TEATRO CRÍTICO
UNIVERSAL Y SUS CARTAS
ERUDITAS Y CURIOSAS

FEIJÓO, UN ENCICLOPEDISTA SINGULAR

Por Alejandro de Antuñano Maurer

"Así yo, ciudadano libre de la República Literaria, ni escalvo de Aristóteles, ni aliado de sus enemigos, escucharé siempre con preferencia a toda autoridad privada, lo que me dictaren la experiencia, y la razón". Feijóo, *Theatro Crítico Universal*.

Una de las figuras más curiosas de la literatura española del siglo XVIII fue la de Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro. Este célebre e ilustre benedictino nació en Casdemiro, obispado de Orense, España, el 8 de octubre de 1676. Su fama dentro y fuera de España fue considerable y sus opositores, como siempre, contribuyeron, sin proponérselo, tanto a difundir sus innumerables escritos, agrupados esencialmente en sus *Cartas eruditas y curiosas* y en su *Theatro Crítico Universal*, como al acrecentamiento de su celebridad. Abrazó Feijóo la orden benedictina y fue profesor de la universidad de Oviedo, permaneciendo alejado de la corte, entre sus investigaciones y su formidable biblioteca. Y en contraste con esta vida de retiro nos muestra Feijóo el espectáculo infinito de su curiosidad intelectual que no conoció límites ni fronteras, salvo las de su tiempo. Todo lo que ofreció algún interés en el pasado, como el caso de Plinio, al que exhumó reiteradamente —o en el presente, y en las ciencias y en las artes, en la vida o en las añejas costumbres—, fue objeto de su atención laboriosa. Si pudiera definirse la actitud de Feijóo, podríamos señalar que su trabajo sirvió perfectamente a los fines de la vulgarización científica; y que con un estilo senci-

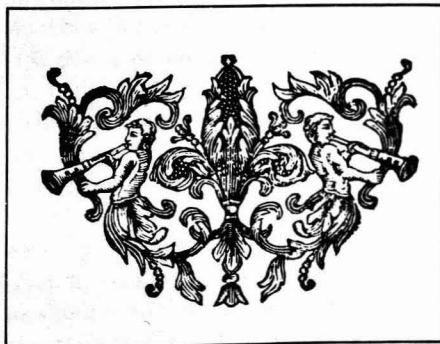
llo y periodístico difundió la más amplia gama de conocimientos. Para su tiempo Feijóo representó el esfuerzo intelectual que supone formular un nuevo espíritu científico a través de la gradual transformación de los métodos de observación y experimentación. En su *Theatro Crítico Universal*, advirtió que era su propósito desengañar al público lector de muchas especies perniciosas que estaban admitidas como verdaderas y eran sin embargo perjudiciales. Así, su propósito central fue combatir opiniones comunes fuertemente cargadas de rutina, superstición e ignorancia, lo cual además se había apoderado de las ciencias de su tiempo. En la divulgación de sus conocimientos, Feijóo prefirió que prevaleciera un discurso poco apegado a la pedagogía, repartido arbitrariamente en artículos o ensayos que mucho ayudaron a su comprensión.

Esencialmente prefirió Feijóo la experiencia a todo raciocinio, observando a través de sus primitivos instrumentos las cosas más humildes y las más misteriosas, pues siempre entendió "que observando con cuidadosa atención la naturaleza no podría afirmar sino lo que le mostraba una experiencia constante". Siempre Feijóo enseñó la observación y la desconfianza para las conjeturas azarosas, y no sin razón se le puede considerar el más genuino representante de la crítica enciclopedista del siglo XVIII español; ahí justo donde las fuerzas de la resistencia estuvieron mejor organizadas y fueron más poderosas que en otras partes del Continente. Faltaba mucha esencia y sobraba religión para ponerlo en palabras de Pompeyo Gener. Contra esto y contra sus contemporáneos luchó tenazmente Feijóo. A estos los definió duramente: "Unos españoles semiestúpidos, unos ignorantes sobervios, unos charlatanes de la literatura, unos hipócritas de ciencia, que procuran persuadir al mundo, que no hay mas saber, que lo que ellos saben; siendo lo que saben tan poco, que no vale ni aun la centésima parte del papel, que se gastó en los Cartafolios por donde estudiaron. . . ¡O, quantas imper-

tinencias he tenido yo que sufrir á estos sycofantes! ¡Quantas veces se me ha repetido que pudiera, y debiera emplear la pluma en asuntos mas utiles! ¿Y cuales son esos asuntos mas utiles? son, segun ellos quieren dar a entender, la theologia escolastica, la moral, la expositiva."

El enciclopedismo de Feijóo fue en sus grandes trazos independiente del francés. Sólo así, se explica en buena parte su característica, diríamos ibérica, que mezcló la técnica con el dogma y la observación con el adagio popular que generalizaba fácilmente la milagrería religiosa. Y por otra parte su enciclopedismo acometió con un sentido moderno, amplio y tolerante temas que hasta él habían sido tratados sólo por la rutina y la incompreensión más absolutas. Su tarea tuvo el talento y el acierto de disolver las opiniones comunes arraigadas en el alma española como únicas e inobjtables. Casi toda su vida se le fue en este propósito e injustamente fue atacado. Recuérdense en este sentido por ejemplo las críticas de quien por casi tres años siguió paso a paso los 22 discursos de los dos primeros tomos del *Theatro Crítico Universal*, examinando argumentos y comprobando citas, para concluir su *Antiteatro Crítico* en contra del benedictino Feijóo. De paso no está por demás señalar que éste se defendió con gran ingenio, pues estimó que quienes le criticaron, para tener nombre de escritores, se hallaron precisados "al miserable empleo de tirar mordiscos a ajenos escritores", lo que además le recordaba, decía, a aquel cocinero del emperador Valente "que tubo la osadía de escribir contra el gran Basilio y notar su teología defectuosa".

Feijóo en un estilo claro y sencillo dio explicación científica y lógica a curiosas, infinitas y disímboles opiniones y juicios impregnados de superchería e ignorancia. Así, sostuvo por ejemplo que la piedra de la serpiente, reconocida por antídoto universal, no era otra cosa que un poso de cuerno de ciervo levemente tostado al fuego, siendo el motivo de dicha mentira la codicia de vender el remedio más caro. Sabiéndose lo que era —concluía— como en cualquier tierra puede fabricarse, no era necesario traerle de la India Oriental a precio de oro. También hizo ver que la ballesta no tenía como se sostenía la garganta tan estrecha de manera que sólo cupiera por ella más que una sardina; por tanto el que las viejas contaran a los niños, que esa era una pena con que Dios la castigó por haberse tragado a Jonás, era una falacia. Aclaró igualmente, que el "simulado llanto del cocodrilo", no tenía fundamento,



pues era descabellado pensar que éste fingía los "gemidos humanos", para que el incauto pasajero que costeara el río Nilo, juzgado que iba a socorrer a un afligido, se metiera en la emboscada donde le esperaba aquel bruto. Fue también Feijóo de los primeros en pasearse lentamente de un lado a otro durante un eclipse de sol sin ser presa del miedo como sus contemporáneos, con lo cual disipó el supersticioso temor de sus paisanos, y el primero en tomar algunos alimentos inmediatamente después de una jícara de chocolate, y en conciliar el sueño después de ingerir una fuerte purga, cosas ambas tenidas por peligrosísimas en aquel entonces.

El catálogo de los temas tratados por Feijóo es impresionante en singularidad y extensión; casi nada escapó a su curiosidad intelectual, y el esfuerzo que supone la publicación del teatro crítico y las cartas sólo es explicable teniendo en cuenta su gran erudición y la facilidad que tenía para encontrar explicación a la enorme cauda de desatinos que larvadamente fueron constituyendo la ideología de un pueblo que creyó encontrar por dicha vía una eficaz explicación a los fenómenos circundantes.

Y las explicaciones de Feijóo atendieron por igual los temas de la vida diaria, usual, y los temas que se remontaban al pasado y que no tenían ya desde luego sino una influencia disminuida en el presente.

Parte del índice del tomo primero de sus *Cartas eruditas y curiosas* nos da una idea de lo señalado: sobre la portentosa porosidad de los cuerpos; sobre un fósforo raro; sobre evitar los funestos errores de enterrar a los hombres antes de tiempo; de los demonios incubos; sobre el tránsito de las arañas de un tejado a otro; de la transportación mágica del obispo de Jaén; sobre un fenómeno raro de huevos de insectos, que parecen flores; del astrólogo Juan Morín; a favor de los ambidextros; sobre los duendes; sobre la multitud de milagros; del valor actual de las indulgencias plenarias, etcétera.

Entre los desatinos narrados por Feijóo a los que tuvo que dar explicación sobresale uno que elocuentemente pinta las reflexiones de su época:

"Un Caballero de este Principado, por otra parte nada rudo, ni supersticioso, con ocasión de ver caminar una araña por una pared, me aseguró ser experiencia constante, que pronunciando el nombre de mi Patriarca San Benito de modo que ella le oyese, suspendería el curso, quedando inmóvil por un rato. Prontamente se llegó a

la experiencia. El pronunció el nombre de San Benito hacia la araña, y ella se paró. Pero notando yo, que había articulado el nombre del Santo en voz muy fuerte, y sonante, hice juicio de que acaso todo el misterio estaba en que el estrepito de la voz había aturcido algo a la araña. En efecto no era otra cosa; porque habiendo esperado algún tiempo (que no fue mucho) a que la araña se moviese, yo en voz mediana le hice el nombre de San Benito, sin que por eso dexase de seguir su camino; pero pronunciando después otra voz profana en tono esforzado, paró en la carrera".

Adicionalmente, con un espíritu de orientación nueva, insistió siempre Feijóo que los métodos de la educación y la medicina se basaran en la observación y la experimentación y no en la charlatanería y los reglamentos tradicionales. Recuerdese en este sentido sus esfuerzos por

modificar la enseñanza, una enseñanza donde la teología reinaba como ciencia madre de las demás; y sus aciertos con sus enfermos a quienes curaba a menudo mediante una terapéutica natural y de sentido común. Así, decía que "eran los enfermos, tanto en la parte del alma, como en la del cuerpo, unos vidrios delicadísimos", que era menester manejar con exquisito tiento; y que el mejor médico era el menos confiado, pues éste, aunque ignorara la enfermedad, no diría que era brujería el mal. De qué utilidad hubieran resultado las reflexiones de Feijóo al pobre Carlos III, el que cuatro días antes de su deceso, hundido ya en su cama, se quejaba de que se le hubiese dejado cinco horas sin un caldo.

El *Theatro Crítico Universal* y las *Cartas eruditas y curiosas* fueron muy leídas durante el siglo XVIII en España, y a Mé-



GRUPO EDITORIAL PLANETA
MI UNIVERSO LITERARIO

Octavio Paz

HAY QUE CONOCERLO!

POESIA:

Salamandra
Ladera este
Vuelta
Poemas (1935-1975)
Arbol Adentro

ENSAYO:

Las peras del Olmo
Puertas al campo
Claude Levy-Strauss o El nuevo festín de Esopo
Conjunciones y disyunciones
El signo y el Garabato
Los hijos del Limo
El ogro filantrópico
In/mediaciones
Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe
Tiempo nublado
Sombras de obras
Hombres en su siglo
Pasión crítica

ENSAYO, NARRACION Y POESIA EN PROSA:

El mono gramático
Traducciones poéticas:

Versiones y diversiones
Sendas de Oku de Matsuo Basho

"Un libro, un texto, es un tejido de relaciones..." Octavio Paz



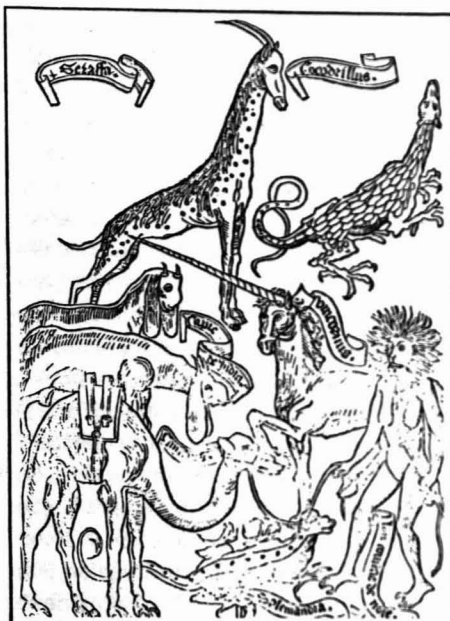
xico desde luego, llegaron colecciones completas del crecido número de ediciones de éstas, que con toda seguridad conocieron y analizaron los ilustrados José Antonio Alzate (quien, como Feijóo, también propuso importantes reformas a la educación a través de su lucha contra la escolástica), José Ignacio Gartolache, Antonio de León y Gama y Joaquín Velázquez de León.

A continuación incluyo un curioso problema en el que Feijóo meditó algunos años, y al que encontró solución no por las vías acostumbradas de la observación y el ingenio, sino por la lectura de las "Memorias de la Academia Real de las Ciencias del año de 1707":

CARTA XIX

Sobre el tránsito de los arañas de un texado á otro

"Reverendísimo Padre, y mui señor mio: Despues de dar á V. Rma. las debidas gracias por lo mucho que me favorece, y ofrecerme mui de veras á su servicio, digo, que la dificultad que V. Rma. me propone, conviene á saber, cómo las Arañas, sin volar, pasan de un arbol á otro, ú de un texado á otro, para hacer sobre entrambos puente con sus hilos, es una de las más curiosas, y abstrusas, que pueden ofrecerse en la Physica. *Há muchos años que he pensado en ella algunos ratos, sin poder encontrar solución alguna. Pero ultimamente la hallé, debiendola precisamente á mi lectura, sin concurrir mi observación, ni mi ingenio.* Este secreto, pues, se halla descubierto en las Memorias de la Academia Real de las Ciencias del año



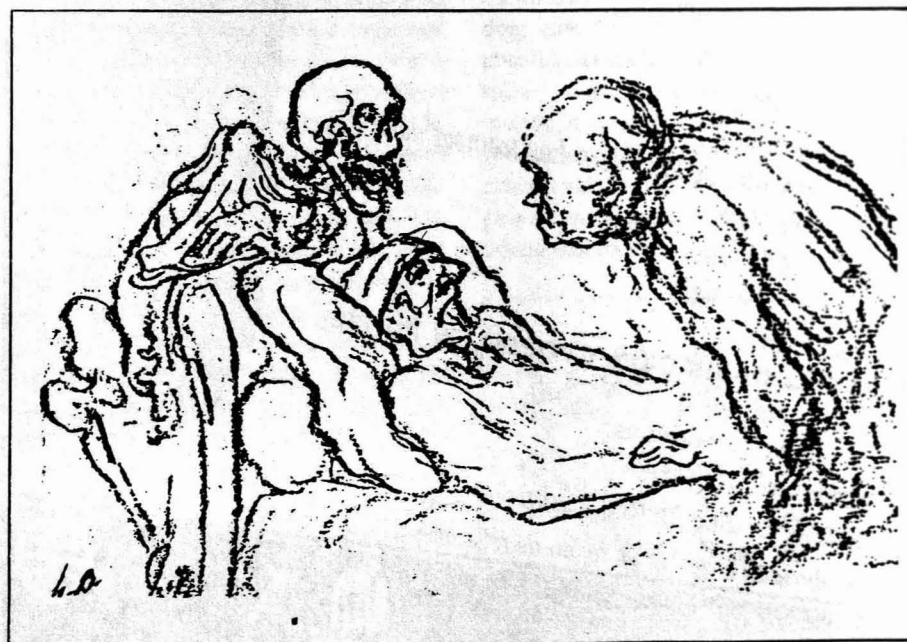
de 1707, pag. 344, por la diligencia del Académico Mr. Homberg, que con gran cuidado observó todos los movimientos y operaciones de las Arañas. El modo con que atraviesan los hilos de un texado á otro, (lo mismo de un arbol á otro) es este: ponesse la Araña abanzada sobre la extremidad de una de las ultimas texas: allí, estrivando solamente sobre las seis piernas anteriores, con las dos de atrás vá sacando de su parte posterior por unos agujeros, que la naturaleza destinó á este efecto, un xugo glutinoso, y formando de él un hilo de dos, ó tres, ó mas varas de largo. . . (Faltó advertir, que esta operacion solo la hace en tiempo de calma). El hilo, formado en esta circunstancia de tiempo, y de sitio, queda pendiente al aire, y pegado, á favor de su misma glutinosidad, en el sitio mismo donde la Araña le hizo:

pegado digo, por una extremidad, hasta que algún vientecillo, entre varias agitaciones, que dá al hilo, casualmente lleva la otra extremidad, que está pendiente, ó al texado de enfrente, ó á la pared, ó á otro arbol vecino, y allí se pega por la misma causa; lo que reconocido por la Araña, y que queda floxo por lo comun, le va recogiendo algo hácia sí, hasta que le siente bastantemente tirante; pegale entonces de nuevo al sitio en que está, con que ya tiene puente para pasar á la otra parte, como en efecto pasa; y colocada allí en la punta de otra texa, empieza la obra de otro hilo paralelo al primero; pero éste, y los demás que siguen, no quedan al beneficio del viento; sino que la Araña, paseandose por el primer hilo, le vá formando, y conduciendo al mismo sitio, y así vá continuando su obra, hasta que teniendo bastantes hilos (segun el designio que forma) hace, sostenida de ellos, otros hilos transversales, con que ata los primeros; y del texido de unos, y otros resulta su delicada tela. Esto es lo que he hallado en la materia, para la satisfacción de V. Rma. á cuya obediencia quedo suplicando á nuestro Señor guarde su vida muchos años. De esta de V. Rma. etc."

Falleció Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro el 26 de septiembre de 1764, cuando ya había sido abad del Colegio de San Vicente de Oviedo, graduado en su universidad, y catedrático de Santo Tomás, de sagrada escritura y de vísperas de teología.

El repaso de su existencia a la hora de su muerte con toda certeza cruzó por su mente; entonces, en ese fugacísimo balance de la vida, algún consuelo encontraría si pensó de él lo que siglos después pensó el gran Gregorio Marañón: "El que no creía en los milagros de los hombres, realizó uno, maravilloso: el de hacer compatible el ansia de saber, de explorar la realidad de la vida con los ojos y no con las doctrinas, el ansia de resonar; el afán de someter cada conocimiento a una rigurosa comprobación o a lo que entonces —y ahora— llamamos con pueril vanidad experimentación; el hacer compatible todo esto con una fe intangible, que sólo los necios de su tiempo y los de los tiempos de después pudieron discutir."

No es fácil conseguir o consultar las obras de Feijóo editadas en el siglo XVIII; sin embargo existe una versión abreviada que consulté —entre otras— del *Teatro Crítico Universal*, con prólogo de Agustín Millares Carlos, en Clásicos Castellanos, Madrid, ediciones de "La Lectura", 1923, 2 volúmenes. ◇



H. Daumier. La muerte y la medicina